

como debiera; que jamás me habría apartado de Dios con el pecado ni por todos los bienes ni por todos los males y todas las miserias de este mundo; y que jamás habría consentido en algún mal. Por más de cuatro semanas fui atormentada de manera tenaz y horrible. Durante este período la voz me dijo: “¡Hija mía, amada por Dios omnipotente y por todos los santos del paraíso! Dios puso su amor en ti, y tiene por ti un amor más grande que por cualquier otra mujer del valle de Spoleto”.

Mi alma estaba en duda y respondió con clamores: “¿Cómo puedo creer en tus palabras, mientras me hallo repleta de aflicciones y hasta me parece estar casi abandonada por Dios?”. El me contestó “Cuando te parece estar más abandonada, entonces eres más amada por Dios, y Dios está más cerca de ti”. Y como todavía buscaba mayor certeza y seguridad sobre estas cosas, la voz me dijo: “Mira, te doy una señal de que eres muy amada. Si ese fraile es elegido guardián, sabrás que todo es verdad”.

Al llegar la hora de la comida, rogué a Dios que me quitara todo pecado y me diera El mismo la absolución por los méritos de su santísima pasión, y diera su bendición a mí, a mi compañera y a ti.

Entonces le fue dicho:

“Te son quitados los pecados y os doy la bendición con la carne de esa mano que fué clavada en la cruz”.

En ese momento me parecía ver esa mano que bendecía, y comprendía que descendía su bendición sobre la cabeza de nosotros tres, y me gozaba en la contemplación de esa mano. Y El dijo: “Recibid la bendición del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo por toda la eternidad”. Y comprendía que era para nosotros tres. Y añadió: “Di a ese fraile que procure ser humilde”, y también: “Dile que es muy amado por Dios omnipotente. Que se esfuerce, pues, por amar”.

Ansias y entrega

Después de ese coloquio, el mismo día, mientras estaba lavando la lechuga, se insinuó en mí cierta palabra engañosa que decía: “¡Bien mereces lavar la lechuga!”. En seguida advertí que se trataba de un engaño, porque sembraba la duda sobre otras manifestaciones, y por esto contesté con indignación y tristeza: “Lo que merezco es que Dios en seguida me despeñe al infierno. ¡Sólo merezco recoger la bosta!”.

Después de esa amargura y turbación, un poco más tarde, me fue dirigida una palabra gozosa: “Es bueno suavizar el vino con el agua”, y en seguida mi anterior tristeza fue aliviada y luego desapareció.

Todo lo que relaté de ese coloquio sucedió un viernes y comenzó a eso de las tres de la tarde y duró hasta después de la cena. Hasta este día, por más de cuatro semanas, estuve siempre triste. Después siguió esa pausa de alegría de que hablé, la que sin anular del todo mi anterior tristeza la mitigó. Antes no tenía ninguna gana de confesarme, pero desde ese momento me retornaron el deseo y la voluntad de confesarme y comulgar. Y me fue dicho: “Me gusta que comulgues. Si tú me recibes, es porque ya me has recibido. Si quieres, comulga mañana con la bendición del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y hazlo en homenaje a Dios Omnipotente y a Santa María Virgen y a San Antonio” (cuya fiesta se celebraba el sábado, es decir la mañana siguiente). Y añadió: “Te será otorgada una nueva gracia que hasta ahora no has recibido”.

Y a la mañana del día siguiente esperé que ese fraile viniera a confesarme y yo pudiera comulgar, como se me había dicho en el coloquio. Al darme cuenta de que pasaba la hora de tercia y el fraile que debía venir, como yo esperaba, no venía, comencé a entristecerme junto a mi compañera, y mi compañera comenzó a llorar. Pero en seguida la voz me habló: “No te entristezcas porque ésta y las otras tribulaciones son un bien para ti y por tu bien te son dadas. Y la gracia que te fue prometida, no la perderás; y no recibirás menos sino más”. Pero yo no daba crédito, sino que quedaba en la duda.

Me fue dicho: “Cree que te sucederá lo que te digo, es decir que no perderás la gracia que te ha sido prometida, como se realizó lo que otra vez te había sido prometido: la gracia especial durante la comunión”. Estas palabras me devolvieron una gran paz, que me ayudó a consolar a mi compañera, para que no llorara ni se afligiera, ya que se me había asegurado que no habría perdido esa gracia.

Después de esto, el siguiente jueves, vine a la iglesia y escuché de un fraile una exhortación que me animó a confesarme y a comulgar. Entonces me confesé con ese fraile y me fue devuelta la gracia de la confesión. Y después, durante la Misa, recibí la gracia de una particular iluminación, por la cual me veía tan colmada de pecados y de defectos que perdí el habla, y no podía hablar, y llegué a pensar que la comunión, que estaba por hacer, me sería de condenación.

A continuación me fue dada una maravillosa disposición interior, por la cual me podía arrojar plenamente en lo íntimo de Cristo, y entonces me abandoné a El con una confianza y una certeza tan grandes como jamás las había tenido y de las que no recuerdo haber tenido experiencia. Y me abandonaba a El como muerta con la total certeza de que me devolvería a la vida. Y cuando comulgué, gusté un inefable sentimiento de Dios. Y Dios dejó en mí una gran paz, por la cual me fue dado comprender y experimentar que toda tribulación y toda aflicción que me habían sucedido hasta ahora, o podían sucederme, me habían sido dadas por mi bien. Y estoy contenta de aquello que me parece quitado por Dios.

Me fue dada una nueva gracia que jamás hasta ahora había recibido. Esa comunión trajo a mi alma un nuevo modo de ver y de desear: darse toda y totalmente a Cristo, ya que Cristo se ha dado todo a nosotros. Y ahora nuevamente ardo en el deseo del martirio, que espero y ansío, y siento gozo y deseo, más que lo experimentado hasta ahora, por todas las penas que en el martirio pueden darse.

Visiones y éxtasis

Después que conocí estas cosas, le rogué que pidiera a

Dios que nos iluminara acerca de una duda anterior. Y le fue dicho:

Pregúntale a ese fraile: “¿Cómo se explica que en toda esa tribulación ella no amó menos sino más, si bien le pareciera haber sido abandonada?”. Refiérele estas palabras: “Soy yo que la sostengo. Si yo no la sostuviera, ella se hundiría”. Y dile que este hecho te estaba oculto”. Y me dio un ejemplo, diciéndome: “Te doy un ejemplo humano, el de un padre que tuviera un hijo muy querido. Un padre que tuviera un hijo tan querido, le da los alimentos convenientes y él mismo los prepara para que le aprovechen aún más, y no le permite beber vino puro ni comer innecesariamente, para que no le hagan daño, sino que todo lo dispone para que se desarrolle bien”.

La sierva de Cristo me dijo después:

Después de lo dicho, Dios a menudo y repetidamente obra maravillas en el alma, y se comprende que ninguna criatura puede hacerlas, sino solo Dios. Enseguida se eleva el alma hacia Dios con una alegría tan grande que, si durara, opino que el cuerpo perdería al instante todos los sentidos y todos los miembros serían aniquilados. Dios realiza a menudo este juego en el alma y con el alma. Cuando ésta intenta retenerlo, El en seguida se aparta. Con todo queda en el alma una alegría altísima, y con la alegría una certeza tal de que El es Dios, que esa alma no tiene de ello ninguna duda, ni la más mínima.

Sobre esa visión y sobre ese sentimiento no sé dar ninguna comparación, tampoco sé definirlos. En el pasado me solía suceder de manera muy distinta, aunque sea del todo inenarrable. Ahora todo es diverso. Siento una alegría nueva y diferente, y me sucede más a menudo. Ahí el alma no puede prenderse, sino que en seguida retrocede, pero le queda una gran alegría.

Mientras estaba escribiendo, la sierva de Cristo añadió:

Todavía tengo esperanza de que me sea concedida una alegría más grande.

Poco después de haber escrito lo anterior, la sierva de Cristo así contestó a algunas de mis más insistentes preguntas:

Una vez asistía a vísperas y miraba hacia la cruz. Mientras contemplaba el crucifijo con los ojos del cuerpo, al instante mi alma fue abrasada por el amor, y todos los miembros del cuerpo lo sentían con desmesurada alegría. Y veía y sentía que Cristo dentro de mí abrazaba mi alma con ese brazo con el cual fue clavado en la cruz. (Y esto sucedió en ese momento o poco después). Y me gozaba en El con una alegría y una seguridad tan grandes que antes no solía experimentar.

Desde entonces quedó en mi alma una gran felicidad que me hizo entender cómo este hombre, Cristo, está en el cielo; es decir, cómo vemos que esta nuestra carne forma una sola sociedad con Dios. Para el alma esa comprensión es una delicia que ninguna palabra, hablada o escrita, puede describir. Es una delicia sin fin. Y en mí quedó una tal certeza que, aunque todo lo que hemos escrito no fuese verdadero, con todo, no quedaría en mí ni una sombra de duda acerca de Dios y estaría segurísima que este estado viene de Dios. Me siento tan segura de Dios que, aunque todos los hombres me dijeran que habría motivos para dudar, no les creería; más bien, ahora me asombro al recordar cuando dudaba y buscaba seguridad, porque ahora siento que en mí no puede haber ni una sombra de duda acerca de esta certeza de Dios.

Me gozo al contemplar esa mano que lleva las marcas de los clavos y que El mostrará a todos, cuando dirá: "¡He ahí esa mano que ha padecido por vosotros!". Y la felicidad que aquí embarga al alma no puede absolutamente ser narrada. Ahora de ninguna manera puedo sufrir tristeza por la pasión. El contemplar y el acercarme a ese Hombre me son fuentes de gozo, y todo mi júbilo descansa en ese Hombre atormentado. A veces parece al alma entrar con gozo y deleite en el costado de Cristo, y penetrar en El hasta lo íntimo, con un gozo tan grande que jamás podrá ser descrito o narrado.

Así por ejemplo, cuando tomé parte en la representación de la pasión de Cristo que se hizo en la plaza de Santa María y

parecía que debiera llorar, entonces yo, al contrario, fui milagrosamente arrobada y colmada de tal alegría que perdí el habla y caí desvanecida después de haber experimentado ese inefable sentimiento de Dios. Entonces procuré retirarme de la muchedumbre y juzgué una gracia y un milagro el haber podido alejarme un poco. Caí en tierra y perdí el habla y la sensibilidad. Me parecía que mi alma penetrara profundamente en el costado de Cristo. Y no había tristeza, sino gozo tan grande que no se puede describir.

Ya en el pasado, antes de este hecho, a menudo lloramos yo y mi compañera. Tenía un gran deseo y el deseo era éste: no estar engañada y saber que no lo estaba. Y pensaba: “¡Ojalá pudiera estar segura de no ser engañada! En esto está todo mi tormento”. Ahora en cambio tengo una certeza tan firme que no admito ninguna duda, ni puedo tenerla.

Enseñanzas y visiones

Una vez, después de la relación anterior, a mi vuelta de Lombardía, yo, fraile, sometí a la sierva de Cristo una cuestión, que mi compañero y yo discutimos durante el viaje. Ya había prometido a mi compañero que recabaría de Angela una opinión. Así ella me contestó:

Una vez, estando en oración, le pregunté a Dios, no por tener dudas, sino para saber más: “Señor, ¿por qué has creado al hombre? Y después de haberlo creado, ¿por qué has permitido que pecáramos? Y ¿por qué quisiste sufrir tanto por nuestros pecados? ¿No podías mucho mejor hacer que estuviéramos sin pecados y que te agradáramos a ti, y que poseyéramos tanta virtud, como ahora la poseemos por tus méritos?”.

Mi alma comprendía, sin sombra de duda, lo que le pedía, a saber, que Dios sin su muerte podía hacernos partícipes de la virtud y de la salvación. Y me parece, mejor aún, me parecía sentirme forzada y obligada a hacer esas preguntas y a reflexionar sobre esos planteos, si bien, hallándome yo en oración, quería quedar en la oración sin ser distraída de ella. Pero Dios

me forzaba, según creo, a hacerme esos planteos. Estas búsquedas se desarrollaron durante varios días, si bien, repito, no tuviera la mínima duda.

Durante la investigación, llegaba a comprender que Dios lo hizo y lo permitió todo, porque así nos manifestaba mejor su bondad y porque era más conveniente para nosotros. Pero la respuesta no era del todo satisfactoria para que pudiera comprender plenamente.

Y mientras intuía de manera absolutamente cierta que Dios hubiera podido salvarnos con otros medios, si lo hubiese querido, el alma fue una vez arrebatada en éxtasis y vio que la verdad que yo buscaba no tenía ni principio ni fin. Estando en esas tinieblas, el alma quería volver en sí pero no podía; más aún, no podía ir adelante ni retroceder para volver en sí. Después, repentinamente, el alma fue elevada e iluminada y veía la potencia de Dios así como veía su voluntad, en las cuales de manera absolutamente plena y cierta hallaba respuesta a mis planteos. Y en seguida el alma fue sacada de esas pasadas tinieblas.

Antes, en esas tinieblas yo estaba tendida por tierra pero durante esa altísima contemplación me puse de pie, sobre la punta de los dedos. Y me sentí en tal alegría y agilidad física y en tal bienestar y frescura de cuerpo como jamás había experimentado. Estaba sumergida en tal plenitud de la divina luz que con indecible gozo llegaba a ver en la omnipotencia de la voluntad de Dios no sólo la respuesta a mis preguntas sino que comprendía —y me sentía plenísimamente satisfecha— la suerte de todos los hombres que se han salvado y que se salvarían, de los condenados y de los que se condenarían, y de los demonios y de todos los santos; pero trazar una descripción me es imposible y está por encima de todas las posibilidades humanas.

Entendía plenamente que Dios, si lo hubiera querido, habría podido hacerlo de manera diversa, con todo no llegaba a comprender, una vez conocidas su potencia y su bondad, lo que mejor debiera hacer por nosotros y lo que mejor hubiera podido poner en nuestros labios. Desde entonces me siento tan

contenta y tranquila que, si supiera de modo absolutamente cierto que debería ser condenada, por ningún motivo podría afligirme; ni trabajaría menos ni menos me esforzaría por orar y honrarlo.

Dios dejó en mi alma tal paz, tal serenidad y tal estabilidad, que no recuerdo haberlas tenido tan plenamente en el pasado. Y en este estado vivo constantemente. Y todas las experiencias habidas en el pasado me parece que fueron poca cosa en comparación. Y me dejó en el alma el deseo de mortificar los vicios y la estabilidad de las virtudes, por las cuales amo todas las cosas benéficas y maléficas, sin sufrir disgusto.

Y me dijo a mí, fraile, que podía y debía comprender que en esa potencia y en esa voluntad de Dios, por ella contempladas, estaba la respuesta más satisfactoria sobre todas las cuestiones relacionadas con la salvación y la condenación de las almas, con los demonios y con los santos. Y aunque ella debería cuidar más de sí misma que de cualquier otra criatura, sin embargo, si supiera que debería ser condenada, no se afligiría, ya que pudo conocer a fondo la justicia de Dios.

Y después, cuando ya había visto la potencia y la voluntad de Dios, el alma fue arrebatada y elevada aún más arriba, como me parece. Aquí no veía ni la potencia ni la voluntad, como las había visto antes; sino que veía una cosa estable, firme, inefable, de la que no sé decir nada sino que era el Todo Bien, y el alma se gozaba con una delicia inenarrable. No veía el amor, sino que veía esa cosa inexpresable. Fui sacada del estado anterior y puesta en este estado sublime e inefable. Pero no sé si en este sublime estado me hallaba de pie, ni sé si estaba en el cuerpo o fuera de él.

La cuestión que Dios de manera milagrosa manifestó a la sierva de Dios era casi la misma sobre la cual hemos hablado y discutido mi compañero y yo, retornando de Lombardía. Yo, fraile, le había dicho que habría sometido la cuestión a la sierva de Cristo, y creo que Dios le concedió esa revelación en el momento preciso en que pensaba interrogarla.

El quinto paso

Esta visión de la pasión del Señor, que se describe aquí al comienzo de este paso de la Unción divina y del Amor, fue transcrita inicialmente, por mi mandato, por un muchacho, en lengua vulgar, dado que a mí, fraile secretario, por la prohibición de los superiores, no me era posible hablar a la sierva de Cristo para escribir. Por esto ha sido escrita de manera mutilada e infeliz, como la misma Angela lo reconoció. Una vez, mientras se la leía, me dijo que era mejor destruirla en lugar de transcribirla de esa manera. Lastimosamente yo, fraile, no tuve tiempo de corregirla con la sierva de Cristo; por eso la traduje al latín, sin ninguna añadidura, trazo por trazo, a la manera de un pintor, porque no la comprendía. Lo que sigue, pues, lo encontré en lengua vulgar. Así me refirió la sierva de Cristo:

Un día estaba meditando acerca de la pobreza del Hijo de Dios encarnado. Veía que su pobreza era tan grande, cuanto El mismo revelaba a mi corazón. El quería que yo la considerara y que viera a los hombres por los cuales El se había hecho pobre. Entonces sentí un dolor tan grande y tal indignación que mi cuerpo casi sufrió un desmayo.

Además Dios quiso mostrarme mucho más de esa pobreza. Entonces lo veía pobre de amigos y de parientes, sobre todo lo veía pobre de sí mismo, tan pobre que parecía que El no se pudiera ayudar. Se suele decir que en ese entonces la potencia de Dios estaba escondida por la humildad. Si bien se diga que la potencia de Dios estaba escondida por la humildad, yo digo que no lo estaba. Y Dios mismo me dio un testimonio de que no estaba escondida. Y porque en ese testimonio reconocí toda mi soberbia, entonces tuve y sentí un dolor mayor que nunca, tanto que después de eso no pude tener más alegría.

Estaba todavía meditando en la pasión del mismo Hijo de Dios encarnado —y meditaba con dolor—, cuando por voluntad de Dios me fue indicado que El me hacía ver de su pasión más de lo que había oído referir. Y El se daba cuenta de que yo veía de su pasión más de lo que hubiera oído decir.

Cristo veía a todos los corazones endurecidos por la impiedad levantarse contra El; veía a todos los miembros de los hombres destruir con gran empuje su Nombre, y cómo se acordaban de él sólo para eliminarlo. Y veía todas las artimañas que maquinaban contra El, que era el Hijo de Dios. Y veía sus proyectos, sus innumerables planes y sus desmedidos furoros. Y veía todos los preparativos y todas las preocupaciones para hacerlo sufrir más cruelmente. — ¡Ah, muy crueles fueron los castigos de su pasión! —. Y veía todos los sufrimientos y los ultrajes y las infamias. Y mi alma veía de la pasión más de lo que quiera decir. Más aún, quiero callarme del todo.

Entonces mi alma con todas sus fuerzas gritó: “Oh bienaventurada María, hazme partícipe de las penas de ese Hijo tuyo, que todavía me sean desconocidas, porque tu más que cualquier otro santo, lo has visto sufrir. Observo que tú lo has visto sufrir con los ojos del cuerpo y del alma. Tú siempre tuviste una continua y ansiosa solicitud por ese amor tuyo”. Y el alma, desgarrada por el dolor, aún gritó: “¿Hay algún santo que sepa decirme algo de esos sufrimientos, de los cuales no oigo hablar ni decir palabra? Mi alma los ve tan grandes que no puedo decir nada. ¡Qué desmesurados sufrimientos ha visto mi alma!”.

La sierva de Cristo que me comunicó lo transcrito, vio muchas cosas de la pasión del Señor. María vio más que cualquier otro santo y penetró hasta los detalles. Sin embargo, la sierva de Cristo entendía que ni la Virgen María podría describirlas, ni ningún santo. Y si algún santo hubiese intentado describirla, ella le hubiera objetado: “¿Eres tú quizás el que la padeció?”. Y me dijo aún más:

Entonces me hundí en un dolor tan profundo, más que cualquier otro jamás probado, tanto que si mi cuerpo hubiese muerto, no habría que extrañarse. Todavía no pude recuperar la alegría; más aún, he perdido la capacidad de estar alegre, y desde ese momento en adelante jamás pude ser feliz.

Otra vez me fue mostrado el acerbo dolor que afligió el alma de Cristo. Y no me extraña la grandeza de ese dolor, ya

porque su alma era nobilísima, y de por sí no merecía recibir ningún castigo —solo por su inmenso amor soportaba los castigos que se le infligían—, ya por el hecho de que la ofensa no partía tanto del cuerpo cuanto del alma del hombre. Por eso comprendo los tremendos motivos por los cuales el alma de Cristo fue desgarrada por tanto dolor.

El pecado fue grande, y numerosos eran los hombres que lo cometieron; por eso debió ser grande el dolor. Y tu dolor nació del inmenso amor que tuviste por tus elegidos. Pero ellos no te conocían y su intento era el de destruirte.

¡Por eso comprendo el abismo de tu anonadamiento! Ese dolor es la mayor alabanza de la divina bondad y la mayor culpa de la humanidad. Si yo lo pudiera explicar, pienso que muchos lo juzgarían un error. Pues bien, el que no lo comprende, se contente con creer. Yo no añado nada más.

Además, el alma de Cristo sufría por todos los dolores y todos los castigos que soportaba su cuerpo, ya que todo confluía en su alma. Este acerbo dolor, que fue tan excesivo que la lengua no basta para expresarlo ni el corazón para imaginarlo, fue querido por la voluntad de Dios. Veo en el alma del Hijo de Santa María Virgen un tormento tan grande que mi alma está desolada y se ha transformado en una aflicción tan aguda que jamás conocí igual. ¡Por eso no puedo hallar más alegría!

Más adelante, la bondad de Dios me concedió la gracia de hacer de dos cosas una sola, tanto que no puedo querer otra cosa, sino lo que él quiere. El que hizo esta unidad, me ha demostrado una gran misericordia. Y creó en mi alma un modo de ser que no está sujeto a tantos cambios. Poseo a Dios en plenitud. Ya no me hallo más ahora como solía hallarme, sino que fui conducida a una gran paz en la cual vivo con El y estoy contenta de cualquier cosa ²⁴.

²⁴ Aparentemente hay contradicción entre la expresión de unas líneas antes: “*¡No puedo hallar más alegría!*”, y la de ahora: “*Estoy contenta de cualquier cosa*”. En otros momentos, el alma de Angela “*languidece hasta la muerte o está sumergida en la felicidad*”. En todo el libro abundan estas aparentes contradicciones. La explicación se halla en que Angela está des-

Hasta aquí el texto escrito en vulgar.

“Vio al Amor que se le acercaba dulcemente”

El Sábado Santo siguiente, la fiel sierva de Cristo me hizo el relato de algunos maravillosos gozos con que Dios la regalara. Entre otras cosas me refirió que el mismo día ella, arrebatada en éxtasis, estuvo en el sepulcro junto a Cristo. Y dijo que vio tendido el cuerpo de Cristo, con los ojos cerrados, como cuando yació muerto. Ante todo besó su pecho y luego su boca, que exhalaba un perfume de una dulzura admirable e inefable, que ella aspiraba. Después de una breve pausa, colocó su mejilla sobre la mejilla de Cristo y Cristo colocó su mano sobre la otra mejilla, y la estrechó contra sí. Y la sierva de Cristo escuchó estas palabras: “Antes de yacer en el sepulcro, así te guardé apretada a mí”.

Y aunque ella comprendiera que era Cristo el que le decía esas palabras, con todo lo veía tendido, inmóvil y con los ojos cerrados, como cuando yació muerto en el sepulcro. El gozo de su alma era supremo, indecible.

Una vez durante la cuaresma, como me lo confió, la sierva de Cristo atravesó una gran aridez. Y rogaba a Dios que le diera algo de sí mismo, ya que se hallaba tan despojada de todo bien. Entonces se le abrieron los ojos del alma y vio al Amor que se le acercaba dulcemente. Veía el principio, pero no el fin; y era una cosa continua y de un color del que no sabría dar ningún ejemplo. Y cuando el Amor llegó a ella, le pareció ver con los ojos del alma más claramente que se pueda ver con los ojos del cuerpo, que se acercó a ella a semejanza de una hoz. La comparación no hay que entenderla de manera material, sino que era la semejanza de una hoz. El Amor no

cribiendo los estados de su alma en forma absoluta, sin matices y sin distinguir tiempos ni etapas, según los impulsos místicos que la animan. Esos estados oscilan entre el amor y el dolor, entre la tristeza y la alegría, entre los abismos de la contemplación de Dios y del conocimiento del propio yo.

comunicó de sí sino lo suficiente para hacerse comprender y para que ella lo comprendiera, y luego se retiró. Esto le hizo sufrir mayor languidez. (Esa comparación no tiene sentido mensurable ni físico, sino espiritual según la inefable operación de la gracia de Dios).

Y después, fue en seguida colmada de amor y de hartura inestimable, la cual, aún satisfaciendo, todavía engendraba una grandísima hambre, tan desmedida que todos los miembros en ese momento se desligaban, y el alma languidecía y ansiaba morir. No deseaba ver ni sentir a ninguna criatura. No hablaba, y tampoco sabía si hubiera podido hablar exteriormente. En cambio, interiormente hablaba, gritando a Dios que no la hiciera languidecer de tal muerte, porque para ella la vida era una muerte. E invocaba a la Virgen, y después invocaba y conjuraba a los apóstoles, para que junto a la Virgen fueran a arrodillarse delante del Altísimo y lo suplicasen que no le hiciese padecer esa muerte, que es la vida terrena, sino que la hiciese llegar a Aquél al que ella sentía. De la misma manera imploraba a gritos a San Francisco y a los evangelistas, y decía muchas otras cosas. Entre ellas destaco:

Aquí me llegó la Palabra de Dios. Mientras yo me creía toda amor por el amor que sentía, El me dijo: "Hay muchos que creen hallarse en el amor y están en el odio, y al contrario hay muchos que creen hallarse en el odio y están en el amor". Mi alma contestó en seguida, gritando: "Yo que soy toda amor, ¿estoy quizás en el odio?". Entonces no contestó con palabras, sino que me hizo ver y sentir claramente y con toda certeza lo que le pedía. Y yo me sentí inundada de felicidad, de la que no creo pueda carecer en el futuro. Y si cualquiera me dijera lo contrario, no le podría creer. Y aunque un ángel me dijera lo contrario, no le creería, sino que le espetaría: "¡Tú eres el que cayó del cielo!".

Y veía que había en mí como dos partes, separadas por un surco. Por una parte veía todo amor y todo bien, cuyo manantial era Dios y no yo; por otra parte me veía a mí misma árida e incapaz de bien alguno. De esa manera me daba cuenta de

que no era yo la que amaba, aunque fuese toda amor, sino que mi amor brotaba sólo de Dios. Y después de eso las dos partes se unieron, y de ellas brotó un amor mayor y más ardiente que antes. Y mi deseo era volar hacia ese amor.

Entre el primer amor, que es tan grande que en vano intentaría imaginar uno mayor (salvo el caso cuando interviene otro amor mortal), y el amor mortal y de máximo ardor, hay otro intermedio, del que no puedo decir nada, porque es un amor de tanta profundidad, de tan sublime deleite y de tan inmenso gozo que me es imposible hablar ²⁵.

Entonces no quisiera que nadie me hablara de la pasión ni me nombrara a Dios, porque en ese momento siento al Amor con tal embriaguez que cualquier otra cosa me sería de estorbo, porque resultaría inferior. Los comentarios del Evangelio y otras voces de Dios no me dicen nada porque veo cosas aún mayores.

Y aún después de que ese amor se retira, quedo tan contenta y con disposiciones tan angélicas, que llego a amar a reptiles y sapos, y también a los demonios ²⁶. Y por cualquier acción que viera cumplirse, aunque fuere un pecado mortal, no probaría disgusto, y creería que Dios lo permite en su justicia ²⁷. Y aunque un perro me despedazara, no me preocuparía, y hasta pienso que no me afligiría ni padecería dolor.

²⁵ En el período es evidente cierta oscuridad. Los conceptos son vertidos en su incandescencia, sin ser debidamente pulidos. Intentamos una aproximación al pensamiento de Angela. Entre el amor Divino, que encandila el alma y la llena del fuego del amor, y los espasmos del amor humano, que a veces ahoga el amor divino y del que el alma ascéticamente se libera para elevarse hasta Dios, hay un tercer amor o el amor sobrenatural, que Dios concede al alma. A través de ese amor sobrenatural, Dios asume en sí a la criatura, la hace suya y la sublima hasta divinizarla. La primera carta de San Juan 3, 2 nos afirma; "*Seremos semejantes a El y lo veremos tal cual es*".

²⁶ No nos extrañe la actitud de universal amor de Angela hacia todos los seres y también hacia los demonios. Los demonios en cuanto al ser son obra de Dios. Todo ser viene de Dios y en cuanto tal es amable (Blasucci, p. 265).

²⁷ El horror al pecado es el elemento esencial de toda verdad y de toda

Este grado es más elevado que estar al pie de la cruz, como estuvo el bienaventurado Francisco, si bien el alma pase fácilmente de un grado a otro. Y el alma ve y desea ver ese cuerpo muerto por nosotros y quiere llegar hasta El; con todo, ya no experimenta dolor por la pasión, sino una altísima felicidad de amor.

Yo, fraile, le pregunté si en este paso había lágrimas, y me contestó que no, que absolutamente no las había.

Una vez, con este amor se mezcló el recuerdo del precio inestimable, o sea de la preciosa sangre, por la cual — ¡es certísimo! — nos ha merecido y nos ha dado el perdón. Y me extrañé como esos dos sentimientos podían estar juntos.

Me dijo la sierva de Cristo que ahora raras veces prueba el dolor de la pasión. La meditación de la pasión le traza el camino y le da la enseñanza de cómo debe obrar. Y siguió relatándome:

“Veía una Plenitud, una Hermosura y Todo Bien”

Mi alma fue arrobada, pero en ese momento no me hallaba en oración, sino que estaba haciendo la siesta después de la comida. Por eso no pensaba en lo que me sucedería. De repente mi alma fue elevada y vi a la bienaventurada Virgen en la gloria. Al reflexionar cómo esa mujer única fue revestida de altísima nobleza, gloria y dignidad, como lo fue la Virgen María, y cómo ella estaba rogando por el género humano, experimenté un gozo sobrehumano. La veía en sus encantos huma-

santidad, ya que el pecado es “aversión de Dios y conversión a las criaturas”. Angela está viviendo en un estado místico de trascendencia. Tanto en el cielo como en el infierno ve el orden absoluto y la manifestación de la verdad, de la justicia y del amor de Dios, y adora a Dios tanto por haber creado el cielo como por haber excavado el abismo infernal (E. Hello, p. 92).

nos y en el sumo esplendor de sus virtudes, y me sentía inefablemente dichosa.

Mientras la miraba, de improviso apareció Cristo y se sentó junto a ella en su humanidad glorificada. Comprendí cómo ese cuerpo fué crucificado, torturado y ultrajado. Veía todas sus penas, y las injurias, y las humillaciones; y las comprendía de manera admirable; pero en ese momento no experimentaba ningún sufrimiento; más bien, disfrutaba de un gozo tan grande que no lo puedo describir. Perdí el habla y creí morir. Pero mi sufrimiento mayor era que no moría y que no llegaba, al instante, a ese Bien absolutamente inefable que yo contemplaba.

Esta visión duró sin interrupción tres días. Y ninguna cosa me era de impedimento, ni la misma comida, si bien comía muy poco. Estaba siempre acostada y no hablaba con nadie. Y cuando se me nombraba a Dios, casi desfallecía por el excesivo gozo de El.

Una vez la sierva de Cristo se confesó conmigo, como de costumbre, con tan perfecto conocimiento de sus pecados y con tal contrición y lágrimas, desde el principio hasta casi el final, y con tal virtud, que yo también lloraba, y pensaba en mi corazón con toda certeza que si todo el mundo pudiera ser engañado, Dios no permitiría que un alma de tal rectitud y sinceridad pudiera ser engañada. Y dentro de mí seguía reflexionando sobre ese pensamiento, dado que estaba pasmado por las cosas demasiado grandes que escuchaba de ella y que a veces ponía en duda o retenía imposibles de creerse.

La noche siguiente Angela tuvo una crisis y parecía que muriera. A duras penas por la mañana acudió a la iglesia de los frailes, donde yo celebré la Misa y le di la comunión. Después de la comunión, antes de que saliera, le pregunté con insistencia que me dijera si Dios le había concedido alguna gracia. Me contestó así:

Antes de comulgar y al acercarme al altar, Dios me dijo: "Querida, el Todo Bien está en ti, y ahora vas a recibir al To-

do Bien". En ese momento, así me parecía, veía a Dios omnipotente.

Y yo, fraile, le pregunté si ella veía algo que tuviera alguna forma, y ella me contestó:

Nada veía según alguna forma.

Y como yo insistiese, ella añadió:

Contemplaba una plenitud, una hermosura donde veía al Todo Bien. Y la visión sobrevino de repente, porque en ello no pensaba, sino sólo pensaba en orar y confesar mis pecados a Dios. Y lo suplicaba que la comunión que deseaba recibir, no fuera motivo de condenación sino de salvación. Entonces de improviso entendí esas palabras que ya te dije. Después comencé a reflexionar: "Si el Todo Bien está en ti, ¿por qué vas a recibir al Todo Bien?"²⁸. Al instante oí una voz que me decía: "Una cosa no excluye la otra".

Antes de entrar en el coro para comulgar, me fue dicho: "Ahora el Hijo de Dios está sobre el altar en su humanidad y divinidad, y está escoltado por multitudes de ángeles".

Y porque tenía un gran deseo de verlo rodeado de ángeles, como me fue dicho, en ese instante me fueron reveladas esa plenitud y esa hermosura; y también cuando me acerqué al altar, veía a Dios en aquel modo. Y me fue dicho: "Así estarás delante de El en la vida eterna".

Y me dijo que la había llamado: "Querida" y que a menudo la llama así.

²⁸ Esta expresión, como la otra precedente: "Tú no me recibirías, si antes no me hubieras recibido", indican los distintos títulos de la presencia de Dios en el alma. Dios puede estar presente por la creación, por la gracia o divina inhabitación, o *sacramentalmente*, en cuanto se recibe a Cristo bajo las apariencias eucarísticas.

“Un fuego, un amor y una suavidad”

Me dijo que desde algún tiempo, al comulgar, la hostia se le dilata en la boca y que no tiene el conocido sabor de pan o de carne; tiene sí sabor de carne, pero un sabor especial, exquisitísimo:

No sabría compararlo a ninguna cosa de este mundo. La hostia pasa entera con suavidad y no se fragmenta, como antes sucedía.

Y me dijo también que la hostia consagrada a veces cambia de forma improvisamente y no es ya como antes.

Más bien, pasa entera con tanta suavidad que si no se la debiera deglutir, como he oído decir, con gozo la retendría por mucho tiempo. Pero en ese momento recuerdo que me viene a la mente que debo deglutirla pronto. Y el mismo cuerpo de Cristo pasa pronto con ese misterioso sabor de carne, y pasa entero, sin que tenga necesidad de tomar algún sorbo de agua. Una vez no era así: sino que debía cuidar para que no quedara ningún fragmento de la hostia entre los dientes. Ahora pasa rápida, y cuando baja a mi cuerpo, me provoca una sensación de extremado placer, que hasta se nota exteriormente, porque me pongo a temblar con tales estremecimientos que a duras penas puedo sostener el cáliz ²⁹.

Y mientras yo, fraile transcribía sus palabras, como las podía recoger de sus labios, ella inopinadamente añadió:

Escucha lo que se me acaba de decir: “Tú le has referido muchas cosas; pero si yo no quisiera, tú no le podrías decir nada”. Y yo me esforzaba por no decírtelo, mas no pude dejar de comunicártelo.

²⁹ En la época de Angela era común la costumbre de hacer beber un sorbo de agua también a los adultos después de la Comunión.

Mientras hablaba con ella y escribía, añadió:

Quando haces la señal de la cruz, ¿te sucede algo? Ahora a mí me sucede esta novedad. Si hago la señal de la cruz, de prisa, y no pongo mi mano sobre el corazón, no siento nada; pero si con la mano rozo antes la frente, diciendo: “En el nombre del Padre”, y después la coloco sobre el corazón, diciendo: “Y del Hijo”, repentinamente siento aquí un gran amor y una inmensa felicidad. Me parece que Aquél a quien nombro se halla ahí. Esto no te lo hubiera dicho si no se me hubiera aconsejado hacerlo.

Contestando a una pregunta que le había sido hecha acerca del Peregrino y contestando también a mí que le había preguntado si el alma puede recibir de Dios la seguridad de la salvación en esta vida, la sierva de Cristo dijo que sabía que el Peregrino venía al alma, pero no sabía si ella le hubiera dado hospitalidad. Entonces yo le pregunté cómo sabía que El había venido al alma. Y ella replicó con una pregunta:

“¿Viene Dios al alma, sin que el alma lo llame?”.

Yo contesté: “Creo que sí”. Y Angela retomó el discurso:

A veces Dios viene al alma, sin que ella lo llame, y pone en ella un fuego, un amor y a veces una suavidad. El alma entiende que esto procede de Dios y se regocija; pero no sabe todavía que Dios está en el alma; o sea no lo ve en el alma, sólo ve su gracia en la cual se regocija.

Dios vuelve todavía al alma y le susurra palabras dulcísimas en las que mucho goza llegando a sentir a Dios. En esta experiencia se deleita intensamente, pero sufre todavía alguna duda, aunque pequeña, porque el alma no tiene la plena certeza de la presencia de Dios en ella. Pienso que esto suceda por la excesiva presencia del mal y por un defecto de la criatura más que por la voluntad de Dios, como si El no quisiera hacerla más firme y segura.

Aquí el alma se da cuenta de que Dios se halla en su interior, porque lo siente como jamás antes le sucedía; lo siente con tal redoblado sentimiento, con tal amor y fuego divino que pierde todo temor de alma y cuerpo. Y habla de cosas que no escuchó de nadie y las comprende con extrema claridad, y le es penoso callarlas. Pero si las calla, las calla para no disgustar al Amor. Ella sabe con certeza que nadie podría comprender esas cosas sublimes, ya que cuando habla de ellas, ve y constata que no es comprendida. Y por eso ella no quiere decir: "Yo siento cosas sublimes", para no contristar al Amor.

A mí me sucedió a veces que, abrasada por el deseo de la salvación del prójimo, he revelado algo, pero fui amonestada con estas palabras: "Hermana, vuelve a la Sagrada Escritura, porque esto no se halla en la Sagrada Escritura y no te comprendemos". A veces mientras callaba, consumiéndome por ese excesivo amor, comencé a preguntarme si el alma puede recibir de Dios la seguridad de la salvación en esta vida y te puse al tanto de lo que experimentaba, pero tú me amonestaste, y me enviaste a la Escritura.

Con ese sentimiento por el cual el alma se da cuenta de que Dios está en ella, le es dada al alma la voluntad perfecta de querer a Dios. En esa voluntad el alma anda de acuerdo de modo verdadero y sincero, y no veleidoso como cuando el alma decía sólo de palabra que quería a Dios. Entonces el alma quería a Dios, pero de manera insincera, ya que ese deseo no abarcaba la totalidad del alma ni de manera total; por eso en algo no era sincera. Ahora con el alma andan de acuerdo todos los miembros del cuerpo; el alma se hace una sola cosa con el corazón y con todo el cuerpo; y responde por ellos. Entonces en ella hay un solo querer que le es dado por la gracia.

Después de esto se le pregunta al alma: "¿Qué quieres?". Y el alma responde: "Quiero a Dios". Dios entonces le dice: "Yo llevaré a cabo este querer tuyo", dado que hasta ahora el alma no quería de manera verdadera y total. Pero este querer le es dado por gracia. Por eso ella conoce que Dios se halla en ella y forma unidad con ella. Le es dada esa unidad de querer y ella siente que ama a Dios con el mismo amor verdadero con

que Dios nos ama. Y el alma siente que Dios se ha compenetrado con ella y ha formado unidad con ella.

También le es dado ahora ver a Dios, ya que Dios mismo le dice: “¡Mírame!”. Entonces el alma ve a Dios compenetrado con ella, y lo ve de manera más clara de lo que un hombre puede ver a otro, porque los ojos del alma ven una plenitud espiritual, no corporal, de la que es imposible decir algo. En esa contemplación el alma vibra de gozo, y es una señal segura y manifiesta de que Dios está en ella. Y el alma no puede mirar absolutamente a ninguna otra cosa sino a Dios solo, y Dios la colma sin medida. Y esa mirada es tan profunda que el alma no puede mirar hacia ninguna otra cosa, y me es doloroso no saberlo describir. Pero no es cosa tangible ni imaginable, sino inefable.

Unción y abrazo

El alma, sin duda, en muchos modos conoce cuándo Dios viene a ella. Señalaré dos.

El primero es una unción particular que en seguida hace nueva al alma, y a todos los miembros del cuerpo los hace dóciles y en armonía con el alma. Ella no podría ser rozada ni herida por cosa alguna que la pueda inquietar en algo. Ella siente y comprende que Dios le habla.

En esa tan grande y tan inefable unción el alma captá con toda certeza y claridad que Dios está en ella y que esto no es obra de algún santo del paraíso ni de un ángel. Pero es una experiencia tan inefable que sufro por no poder explicarme con alguna comparación. Y Dios me perdone esta ansia de decirlo. Mi anhelo era manifestar a todos la bondad de Dios, siempre que fuere de su agrado.

El segundo modo con el que el alma conoce que Dios se halla en su interior, es el abrazo que Dios hace al alma. Jamás madre alguna abraza a su hijo, ni jamás persona alguna puede soñar que abrace con tanto amor, como Dios abraza el alma. ¡Lo hace con un amor increíblemente mayor! Y la aprieta con-

tra sí mismo con tal dulzura y tal ardor que nadie lo puede entender si no lo experimenta.

Y como yo, fraile, me oponía un tanto a esa afirmación, la sirva de Cristo así respondió:

Podrías quizás creer, pero no de esa manera... Dios trae consigo un fuego que abrasa totalmente al alma en Cristo. Trae consigo una luz tan intensa que le hace ver la desbordante plenitud de la bondad de Dios, esa bondad que Él muestra y le hace experimentar dentro de sí; ¡y mucho más! El alma ahora tiene la seguridad y la certeza de que Cristo se halla en su interior. Pero ¡todo lo que se dice es nada frente a la realidad!...

Yo, fraile, le pregunté si en ese entonces el alma tiene lágrimas. Ella me contestó que el alma no tiene lágrimas ni de gozo ni de otra cosa, porque distinto y muy inferior es el estado en que el alma tiene lágrimas de gozo.

También Dios trae al alma una tal sobreabundancia de felicidad que el alma no sabría pedir más y hallaría aquí su paraíso, si durara. Y esa felicidad se transparenta y se derrama por todos los miembros del cuerpo. Y toda amargura, o injuria, o aflicción, se le hacen dulces. Todo esto no lo pude esconder a mi compañera.

En otro momento hice algunas averiguaciones con la compañera y ella me contó que una vez, mientras las dos caminaban por la calle, Angela se volvió blanca, luminosa, deslumbrante de dicha y de fuego, y sus ojos se hicieron tan grandes y resplandecientes, que ya no parecía ella misma. La compañera me confió: "Yo me hallaba preocupada y temía que alguna persona, varón o mujer, nos observara y la viera. Yo le decía: "¿Qué provecho sacas cubriéndote el rostro? Tus ojos brillan como dos focos".

La compañera, que era una mujer tímida y muy simple y no conocía todavía los dones de la gracia de Angela, se des-

peraba, se daba puñetazos, se golpeaba el pecho gritándole: "Dímelo: ¿por qué te suceden estas cosas? Corre y escóndete bajo la tierra, porque no podemos pasear así por las calles". Y a la pobre mujer, en su ignorancia, se le escapaban estas exclamaciones: "¡Madre mía! ¿Qué haremos ahora?". Pero Angela la animaba diciéndole: "No te preocupes. Si encontramos a alguno, Dios nos ayudará".

Estos hechos se repitieron muchas veces tanto que la compañera no sabía decirme el número. Luego Angela me explicó:

Esa felicidad no cesa durante muchos días; más aún, creo que algunos de esos gozos durarán eternamente. Siento que se me ha colmado y ahora no ando escasa de ellos en mi vida. Y cuando sobreviene alguna tristeza, en seguida me acuerdo de esos gozos y toda inquietud desaparece.

Añadió que en muchos otros modos el alma llega a un conocimiento cierto de que Dios se halla en ella; pero no nos es posible tratarlos detenidamente. Angela me dijo que en todos los modos mencionados el alma experimenta que Dios vino a ella; pero todavía no hemos dicho nada acerca de cómo el alma lo haya acogido. Todo lo que se pueda decir, es mucho menos que cuanto experimenta el alma al dar hospitalidad al Peregrino. Me dijo la sierva de Cristo:

Cuando el alma sabe que ha dado hospitalidad al Peregrino ³⁰, llega a un conocimiento tan alto de la infinita bondad de Dios que, vuelta a mí, comprendí de manera clarísima que las almas que más sienten a Dios, menos llegan a hablar de Dios. Por el hecho mismo de que más penetran en el conocimiento de Dios infinito e indescriptible, tanto menos pueden hablar de El.

³⁰ Es evidente que el *Peregrino*, del que aquí se habla, es Dios, el gran Huésped del alma. San Pablo a menudo destaca esa divina inhabitación para comprometer al cristiano a una vivencia más plena: "¿No sabéis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, el cual mora en vosotros?" (1 Cor. 6, 19).

Al hacerle yo alguna crítica, Angela me contestó:

¡Ojalá que cuando tú estés por predicar, comprendieras, como yo lo comprendí, cuando conocí que había dado hospitalidad al Peregrino! En ese momento yo no habría podido decir absolutamente nada de Dios, y todo hombre, en ese caso, no podría sino callar.

Poco después, yo quisiera acercarme a ti y decirte: “Hermano, háblame ahora algo de Dios”. Y tú nada de nada sabrías decir de Dios ni tampoco pensar, hasta tal punto su infinita bondad te sobrepasaría a ti y a todo lo que quisieras pensar o decir. Esto no depende de que el alma pierda el conocimiento o el cuerpo pierda el sentido: éstos gozan de plena integridad. Si esto sucede, estoy segura de que tú dirías a la gente: “Idos con la bendición de Dios, porque de Dios no sé deciros nada”.

Desde luego, no se trata de incapacidad física y el hecho a mí me pasó una sola vez. Por consiguiente comprendo que todas las verdades que fueron dichas por la Escritura o por todos los hombres desde el principio del mundo, me parece que ni han rozado la substancia divina y que son menos que medio grano de trigo en relación con todo el universo.

Diálogo entre el alma y el cuerpo

Más adelante, la sierva de Cristo me dijo a mí, que cuando el alma alcanza de Dios la seguridad, también el cuerpo alcanza seguridad y dignidad, y es recreado junto al alma, si bien en proporción mucho menor. También el cuerpo participa de los bienes del alma. Y el alma habla con el cuerpo, y a él se da, y con mucha dulzura le muestra la gracia que por medio de ella el cuerpo ha recibido, suavemente diciendo:

Considera los muchos bienes que tú experimentas por mi mediación y cómo son infinitamente más grandes que los que tú podrías alcanzar con tus propios medios. Ya sabes que te son prometidos bienes mucho más grandes, si te adhieres a mí.

Reconoce también cuántos bienes hemos perdido juntos, porque tú no estabas unido a mí, sino que me contrariabas.

Entonces el cuerpo se somete respetuosamente al alma y promete que para el porvenir obedecerá en todo al alma. Confiesa que se siente obligado a ella por los grandes bienes del alma que son muy superiores a los que él jamás con sus medios podría conocer o desear o tan sólo pensar en poder alcanzar. Por eso el cuerpo se somete respetuosamente al alma, se profesa su siervo y le promete que le obedecerá en adelante.

Y el cuerpo así habla al alma: “Mis gustos eran materiales y bajos; pero tú, que fuiste elevada a tan sublimes gozos divinos, no debías consentirme y hacerme así perder tus inmensos tesoros”. Y la queja del cuerpo contra el alma se dilata en un lamento largo y suavísimo, mientras experimenta las inefables dulzuras del alma, superiores a las que El jamás hubiera podido imaginar.

Cómo las personas espirituales pueden caer en engaño

La sierva de Cristo me explicó que las personas espirituales pueden caer en engaño en varios modos.

El primer modo es cuando el amor no es puro, sino que la persona mezcla con él algo de lo suyo, de su voluntad. Y cuando la persona confunde en ese amor algo de lo suyo, tiene algo del mundo. Y el mundo invita a esa persona y la seduce, pero toda invitación del mundo es falsa, ya que el mundo no puede invitar sino falsamente. Y en la seducción y atracción del mundo se acrecientan cada vez más las lágrimas y las dulzuras y los estremecimientos y los gritos, que se manifiestan cuando el amor espiritual no es puro. Y si bien en ese amor no puro el alma prueba lágrimas y dulzuras, sin embargo, éstas no nacen dentro, en el alma, sino en el cuerpo; ni ese amor penetra en el alma; por eso esa dulzura decae y muy pronto el alma la olvida. Más aún, cuando la persona se da cuenta de ese estado, sufre amargura. Todo esto lo constaté yo misma.

Yo no hubiera sabido discernir estas ambigüedades, si mi alma no hubiera llegado a la certeza de la verdad. Porque, cuando el amor es puro, el alma no tiene ningún aprecio de sí, se juzga que está muerta, que es nada; y así como se halla muerta y deshecha, se entrega a Dios y no se acuerda de las alabanzas recibidas ni del bien cumplido. Más aún, se juzga tan mala que cree que ningún santo la puede plenamente liberar, sino Dios solo, si bien a veces ruegue a los santos para que impetren por ella delante de Dios, ya que por su indignidad no se atreve a dirigirse a Dios. Y confía en la Virgen y en los santos para que la ayuden. Y si alguien le dirige alguna alabanza, la considera como un engaño. Y ese amor puro y verdadero viene de Dios y está profundamente arraigado en el alma, y le hace ver sus defectos y a la vez la bondad de Dios. Y las lágrimas y las dulzuras que de El fluyen, no aportan nunca amargura, sino certeza. Ese amor lleva al alma hasta la intimidad de Cristo, y el alma comprende que ahí no hay ni puede haber engaño. Y en ese amor puro de ninguna manera puede mezclarse algo del amor del mundo.

Inspirado por sus palabras, yo, fraile, comencé a recordarle un detalle de la historia de Moisés, cuando él golpeó la roca (Ex. 17, 6); pero Angela me interrumpió:

Hay otro modo que Dios permite para engaño de las personas espirituales y es éste: cuando la persona sabe que es amada por Dios, siente que tiene en sí unos bienes espirituales y es capaz de realizar obras espirituales y de hablar de ellas; no obstante, se siente demasiado segura y pasa la medida; por eso Dios permite justamente que en ella suceda algún engaño, para que reconozca su transgresión.

Cuando acabé de relatarle la historia comenzada, me dijo que según esa perspectiva ella comprendía lo acaecido a Moisés.

Hay todavía un tercer modo. Cuando la persona espiritual experimenta intensamente a Dios, se halla en un amor bueno

y puro, obra con sentimientos óptimos, y decide no agradar más al mundo, sino agradar con todas sus fuerzas a Cristo. De ahí que ella vive totalmente en el interior de Cristo con un gozo sumo e inefable y se siente totalmente abrazada por El; con todo, para que el alma sepa conservar lo que es suyo y devolver a Dios lo que es de Dios, a veces Dios permite que ella caiga en algún engaño: lo hace para guardarla, porque El anhela que el alma no cometa ninguna transgresión... Pero todo lo señalado no basta al alma. Ella ansía que Dios la lleve hasta el pleno conocimiento de sí misma y hasta el pleno conocimiento de la bondad de Dios. Ahí no puede haber ningún engaño, sino que el alma es llevada al pleno conocimiento de la verdad.

Pleno conocimiento significa esto. El alma se siente tan colmada, ante todo del conocimiento de sí misma, que le parece no poder recibir más. Le parece que no podría llenarse más, ni descubrir ni recordar otras cosas. En ese momento, súbitamente, llega al conocimiento de la bondad divina, y ve simultáneamente las dos realidades, la humana y la divina, de manera absolutamente imposible de describir. Todavía todo lo dicho parece insuficiente. Pero Dios, que tiene solicitud del alma, permite que ella pase por las tribulaciones.

Pobreza y soberbia

Angela me dijo que en un coloquio que Dios le concedió, oyó el elogio de la pobreza como óptima maestra y tesoro seguro, que sobrepasa nuestra comprensión. Dios le dijo:

“Si no fuese un bien tan grande, yo no la hubiera amado. Si no fuese tan noble, yo no la hubiera asumido”.

Además, la sierva de Cristo así me dijo:

La soberbia sólo puede hallarse en las personas que creen ser dueñas de algo. El ángel y el primer hombre se enorgullecieron y por eso cayeron, porque pensaron y se convencieron ser dueños de algo. Pero ni el ángel ni el hombre ni nadie po-

see el ser, sino uno solo: Dios. Y la humildad se halla sólo en esas almas que son tan pobres que notan que no son dueñas de nada. Y porque todos los males que permite, los permite para que sirvan para los buenos, Dios hizo que su propio Hijo, al que todo pertenece, fuese más pobre que cualquier santo o cualquier hombre. Quiso que fuese tan pobre, como si no poseyera el ser ³¹. Esto fue creído por los pecadores que eran ciegos ante la verdadera Luz, no así pareció ni parece a las personas que comprenden.

Esta verdad es tan profunda —la verdad de la virtud de la pobreza y de cómo la pobreza es madre y raíz de la humildad y de todo bien—, que no puede describirse. El que la posee, jamás puede caer o precipitarse en el engaño. Y el que la comprende y comprende cuánto ama Dios la pobreza verdadera, jamás podría retener algo para sí.

Esta enseñanza deriva de la divina sabiduría que a la persona, ante todo, le hace ver sus defectos y le hace descubrir su pobreza y qué pobre es. Y después de haberla iluminado con el don de la divina gracia, le revela la bondad de Dios. Entonces al alma se le borra toda duda acerca de Dios; y así ella comienza a amar a Dios con todo su ser; y, como ama, así obra; y pierde toda confianza en sí.

El que posee esta verdad, no podría ser engañado ni por los demonios ni por cualquier otra cosa. De esa verdad el alma sabe sacar una concepción muy clara y muy luminosa de toda la vida, de tal manera que mientras posea esta verdad, jamás podrá equivocarse. Por esto comprendo que la pobreza es la madre de todas las virtudes y emblema de divina sabiduría.

La divina sabiduría en la encarnación de Cristo fue maestra de la Virgen: ante todo la hizo llegar al conocimiento de sí

³¹ Si bien implica limitaciones y renunciamentos, la pobreza no es un mal, ya que Cristo mismo la abrazó y la inculcó a sus discípulos. Ante la mirada fascinada de Angela, aquí como en otros lugares, se ofrece el anadamiento del Verbo encarnado. Siendo Dios, El se hizo hombre; siendo rico, se hizo pobre; siendo gloria del Padre, se hizo humillación; siendo la felicidad se hizo dolor; siendo la santidad, se hizo pecado; siendo la bendición, se hizo maldición, como con dramáticos acentos lo subraya san Pablo.

misma. Después que ella llegó a conocerse le fue borrada toda duda acerca de Dios y en seguida ella puso toda su confianza en la bondad de Dios. Y reconociéndose a sí misma en la bondad de Dios, exclamó: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu Palabra” (Lc. 1, 38).

De manera semejante, la sabiduría de Dios nos aleccionó en la humanidad de Cristo. El, aún siendo Dios, quiso que su humanidad estuviera sujeta a obedecer al Padre y a cumplir en todo su voluntad. Por esto, toda la sabiduría y todos los sabios del mundo, si no se empapan de esta verdad, son absolutamente nada y se encaminan hacia la condenación. Cuando el alma acoge esa verdad, entonces obra sin segundos fines y sin pretensiones de algún mérito.

Sexto Paso:

“Horribles tinieblas pobladas de demonios”

El sexto es el paso de la múltiple pasión, tejida de enfermedades del cuerpo y de innumerables y horrendos tormentos del alma y del cuerpo, provocados por los demonios. Confieso yo, fraile secretario, que no presté mucho cuidado a este paso ni supe transcribirlo bien, relatando tantos hechos que eran interesantes y merecían ser conocidos. Sólo intenté referir unas pocas palabras o algunas experiencias de la sierva de Cristo durante sus sufrimientos, como podía captarlas de sus labios. Las anotaba rápidamente como pinceladas, porque no podía comprenderlas en orden. La sierva de Cristo me confió que no creía pudieran ser descritas las enfermedades del cuerpo, y menos todavía las enfermedades o sufrimientos del alma, que, decía, eran incomparablemente mayores. Sólo con respecto a los padecimientos del cuerpo la oí decir que no le había quedado parte del cuerpo que no sufriera horriblemente.

Acerca de los tormentos del alma, causados por los demonios, no sabía hallar otra comparación que la del hombre ahorcado, el que, con las manos atadas a la espalda y con los ojos vendados, colgado del patíbulo, continuara viviendo; un ahorcado al que no se prestara ningún socorro, ni apoyo, ni re-

medio. Y añadía que de manera aún más desesperada y cruel era torturada por los demonios. A este propósito quiero citar la opinión de un fraile menor, persona digna de todo crédito, el cual, al escuchar de la misma sierva de Cristo cuán atrozmente fuese atormentada, se quedó pasmado y le tuvo compasión. Más aún, el mismo fraile, por revelación que Dios le hizo, vio que era verdadero todo el martirio de esos atroces tormentos de que ella se quejaba, y en medida aún mayor que lo que dijera la sierva de Cristo; y por eso guardó siempre para con ella una gran piedad y una profunda devoción. Y todo lo que pude anotar, un tanto de prisa y esquemáticamente, es lo siguiente. Decía, pues, la sierva de Cristo:

Veo a los demonios que cuelgan a mi alma de tal modo que, así como al ahorcado no le queda ningún apoyo, así tampoco le queda a mi alma alguna ayuda. Todas las virtudes del alma sufren una subversión bajo la mirada del alma que ve, constata y queda atónita. Cuando el alma ve este trastorno y este aniquilamiento de todas sus virtudes y su impotencia para resistir, el alma experimenta tal dolor, y su pena y su ira son tan desesperadas, que apenas puedo llorar a causa de la ira y de la aflicción excesiva.

A veces lloro sin reaccionar; otras veces, me sobreviene un furor tal que me siento impulsada a desgarrarme. A veces no me puedo retener y me golpeo cruelmente la cabeza y otras partes del cuerpo que llegan hasta la tumefacción. Cuando el alma ve caer y perderse toda virtud, entonces estallan el miedo y el llanto. Levanto hacia Dios mis gritos y alaridos muchas veces, sin pararme: “¡Hijo mío, hijo mío, no me abandones, hijo mío!”³².

³² El corazón de Angela, enfrentado a los máximos combates del espíritu, está en la más dramática tensión. Todo su ser parece sacudido por un huracán de torturas: el cuerpo en el potro de los tormentos, el alma angustiada, los demonios desencadenados, el cielo encapotado, el abismo infernal abierto. Se ve humillada y perdida por brotes viciosos. Apparentemente es la desesperación más negra. Su lenguaje, nacido en el fragor de la lucha, parece plasmado de gemidos y clamores. Para comprender a Angela y para

Angela me confió que en su cuerpo no le queda parte alguna que no haya sido golpeada y castigada por los demonios. Por esto dijo que no creía se pudieran describir los sufrimientos del cuerpo, y menos todavía los del alma. Afirmó que en este paso todos los vicios vuelven a nacer: no es que tengan vida larga, pero aportan y causan una gran pena. También los vicios jamás conocidos se manifiestan en el cuerpo y provocan un extenuante tormento, si bien no duradero.

Cuando desaparecen me procuran un gran alivio. Advierto que había sido entregada a muchos demonios que hacen rebrotar los vicios desaparecidos y añaden otros que jamás poseí. Entonces, al recordar que Dios fue castigado y despreciado y pobre, quisiera que todos mis males y aflicciones fueran duplicados.

Mientras me hallo en medio de esas horrendas tinieblas pobladas de demonios, donde parece que falta toda esperanza de bien y la oscuridad grava pavorosa, vuelven a brotar esos vicios que sabía ya muertos en lo íntimo del alma. Son los demonios los que desde afuera los avivan y suscitan otros que jamás existieron. En el cuerpo los sufrimientos son menores; sin embargo, en tres partes de él, si bien no en las partes verecundas, siento un fuego tal que a veces para apagarlo apliqué fuego natural, hasta que llegó tu prohibición³³.

Mientras me hallo en esas tinieblas, creo que preferiría ser asada en lugar de padecer esos sufrimientos; más aún, grito e

orientar a otras almas en tan tremendos combates, debemos desbrozar el campo y subrayar tres actitudes básicas, que se manifiestan en nuestra santa. Aunque el combate sea a sangre y todo parezca incierto y enturbiado, no debemos desmayar nunca en la fe. Aunque las tentaciones acometan impetuosas y sus coletazos nos peguen fuerte, no debemos aceptar nunca el pecado con la voluntad. Aunque estemos colgados de un lazo sobre el abismo, no debemos desesperar jamás, sino que debemos adherir siempre a Dios, sufrir por haberlo ofendido y estar dispuestos a padecer todo mal antes que ofenderlo.

Ese abismo de torturas en que se debate Angela se parece a la agonía de Jesús en el Huerto y a la vez nos ofrece un magnífico testimonio de su fe y de su amor.

³³ El gran maestro de la vida espiritual, San Juan de la Cruz, divide

invoco la muerte por cualquier medio que Dios quiera enviármela. En ese momento digo a Dios que, si debiera arrojarme al infierno, no lo retrase, sino que lo haga en seguida. Le grito: "Visto que me has abandonado, remata tu obra y húndeme en el abismo". Pero comprendo que todo es obra de los demonios, que esos vicios no viven en el alma porque el alma jamás los consiente, sino que son impuestos con violencia al cuerpo, el cual es atormentado por tal angustia y tal asco que preferiría morir en lugar de soportarlos. Por su parte el alma ve que le es quitado todo poder. Y si bien no consiente, con todo no tiene fuerza de resistir a los vicios y, aunque reconozca que están contra Dios, cae en ellos.

Hay un cierto vicio que se me ha impuesto abiertamente, pero que jamás conocí. Claramente advierto que Dios ha permitido que se manifestara en mí. Y es un vicio tan grave que supera cualquier otro. Pero también Dios me ha otorgado abiertamente una virtud contra ese vicio, la que en seguida lo derrota, y con una tal fuerza que, si no tuviera por otros motivos una fe segura en Dios, sólo por esto me quedaría en el alma una fe incommovible y sólida, de la que no podría tener ninguna duda. La virtud persevera siempre y el vicio queda vencido. Y la virtud se adueña de mí y no me deja caer en el vicio y es una virtud de tal fortaleza que no sólo me sostiene, sino que me infunde tanto ánimo y aliento que en esto reconozco la intervención de Dios.

Ninguna tentación de la vista ni del oído ni ninguna otra inclinación al mal podrían desviarme de esa virtud hacia algún movimiento pecaminoso. Y aunque todos los hombres del mundo y todos los diablos del infierno me tentaran con todos

las supremas etapas de purificación del alma antes de llegar a la plena unión con Dios o abrazo místico, en dos momentos: *noche oscura de los sentidos*, que está orientada a purificar la parte inferior del hombre; y *noche oscura del espíritu*, que está enderezada a sacudir, desapegar y renovar lo más íntimo del alma. Esas etapas pueden repetirse, para que el alma esté siempre alerta y en disponibilidad; y pueden ser sucesivas o simultáneas. Angela las experimentó todas. En ella los estremecimientos de la carne y los embates del espíritu llegan a un clímax de inaudita violencia.

los medios y se coligaran contra mí, no podrían empujarme hacia la más pequeña culpa. Este hecho deja en mí una profunda fe en Dios, justamente porque el vicio es tan grave que me avergüenzo de manifestarlo, y es tan imperioso que, cuando esa virtud está oculta o me parece que me abandona, no hay nada, ni vergüenza, ni castigo, que me podría detener de despeñarme en el pecado. Pero en ese momento sobreviene la mencionada virtud que felizmente me libera y me impide que por todos los males y los bienes de este mundo pueda caer en pecado.

Yo, fraile, he visto sufrir a esta sierva de Cristo mucho más horrendamente de lo que se pueda describir. Pero este sexto paso duró poco: apenas dos años, y en su última fase se desarrolló junto al séptimo, el que entre todos es el más admirable y que comenzó algún tiempo antes de que el otro terminara. Pude constatar que el sexto paso, después de breve tiempo, cesó por extinción, pero no del todo ni totalmente, especialmente en relación a las muchas enfermedades del cuerpo, que la afectaron permanentemente. También pude constatar que la sierva de Cristo quedó en el séptimo paso muy mucho tiempo sin que lo precisemos, creciendo constantemente en Dios. Y aunque estuviera siempre muy enferma y comiera muy poco, sin embargo, era corpulenta y rozagante, si bien los miembros del cuerpo y las articulaciones estuvieran hinchados y llenos de dolores. Con mucha pena podía moverse, caminar o sentarse, pero todas las enfermedades del cuerpo las consideró siempre muy llevaderas.

Más tarde, hallándose ya la sierva de Cristo en el séptimo paso después de haber completamente abandonado el sexto, me refirió algunas cosas sobre el sexto paso:

Humildad y soberbia

En mi alma solían reñir una cierta humildad y una cierta soberbia, de mucho fastidio. La humildad consiste en que me veo decaída de todo bien y careciendo de toda virtud y de toda

gracia. Y advierto en mí un tal mar de defectos y de pecados que no llego a pensar que Dios en el futuro quiera tener piedad de mí. Y me juzgo morada del diablo, e instrumento y discípula de los demonios. Me veo su hija, alejada de toda virtud y de toda rectitud, y digna del más profundo infierno.

Esta humildad no tiene nada que ver con la otra humildad, que alguna vez poseí y que hace feliz al alma y la conduce a la comprensión de la bondad de Dios. Esta humildad no me acarrea más que innumerables males. Me parece que el alma está completamente rodeada por demonios. Veo defectos en el alma y en el cuerpo. Dios me parece inaccesible y oculto en todos sus aspectos. De ninguna manera me puedo acordar de El ni de su memoria ni que todo sucede por su permiso. Y pese a verme condenada, de ninguna manera me preocupa mi condenación. Lo que me preocupa y me pesa es el haber ofendido a mi Creador al que, por todos los males y los bienes que existen, no quisiera haber ofendido ni ofender jamás.

Veo todas mis innumerables ofensas y lucho con todas mis fuerzas contra los demonios, para poder vencer y dominar mis vicios y defectos. Pero no lo logro de ninguna manera; ni hallo pasarela o brecha por la cual escaparme; tampoco hallo algún remedio que me pueda ayudar. Me parece haberme precipitado en un abismo.

Después entra en juego la soberbia, la cual me hace toda ira, toda tristeza, una mujer amargada e hinchada. Otros motivos de extremada aflicción me provienen de los bienes que Dios me ha dado. Su recuerdo no me es de ayuda, sino que se retuerce en daño y en estupor doloroso. Me pregunto cómo hubiera podido existir en mí alguna virtud. Tampoco entiendo la razón de que Dios así lo haya permitido. Así todo bien me está oculto y excluido y yo me vuelvo toda ira, toda tristeza; me convierto en una mujer amargada e hinchada y afligida. Me es imposible describir mi estado. Si todos los consoladores y los sabios del mundo y si todos los santos del paraíso me dirigieran la palabra para consolarme y me prometieran todos los bienes y todos los gozos que se pueden imaginar, y si el mismo Dios me hablara —a menos que no cambie mi condición u

obre diversamente en el alma—, no me brindarían ningún consuelo ni ayuda; ni yo les daría ninguna confianza. Más bien, todo serviría para acrecentar mis males y para causar mayor ira y despecho, tristeza y dolor, más de lo que se puede contar.

Para lograr la conmutación de tales tormentos y para que Dios los aleje de mí, con mucho gusto elegiría y querría sufrir todos los males, las enfermedades y los dolores, que se presentan en todos los cuerpos de los hombres, segura de que serían menores y más llevaderos que mis penas. Ya lo dije muchas veces: en comparación o en conmutación de esos tormentos de los que quisiera liberarme, preferiría soportar como un alivio todo género de martirio

Este estado de tribulaciones comenzó algún tiempo antes del pontificado del Papa Celestino y duró por más de dos años, durante los cuales no tuve descanso ³⁴. Todavía no me siento completamente libre de esos tormentos, si bien los advierto en medida menor y sólo exteriormente, no interiormente. Al presente, después de la precedente experiencia, reconozco que del choque entre la humildad y la soberbia deriva una total purificación del alma. Sin humildad nadie puede salvarse; y cuanto mayor es la humildad, tanto mayor es la perfección del alma. En el choque entre la humildad y la soberbia el alma es quemada y martirizada. El verdadero conocimiento de las culpas y defectos, que a través de la humildad uno descubre, la soberbia y los mismos demonios, todo coopera para que el alma sea castigada, dilacerada y purificada. Por eso, cuanto más abatida, empobrecida y humillada, es el alma, tanto más se purga, se purifica y se dispone a ser mas elevada. Ningún alma puede elevarse sino en la medida en que se humilla y se rebaja. Lo dicho hasta ahora es un lindo indicador.

³⁴ El Papa Celestino V fue elegido en Perusa el 5 de julio de 1294. Como se sabe, poco después, viéndose excedido y abrumado por la magnitud del pontificado, renunció al cargo y retornó a su querida soledad. Por sus heroicas virtudes fue declarado santo.

Séptimo paso: Visión de Dios en las tinieblas ³⁵

Un día mi alma fue arrebatada y vi a Dios en tal luz y en tal plenitud y en modo tan perfecto, como jamás lo había visto. Y no veía al Amor. Entonces perdí el amor que llevaba conmigo y me convertí en no-amor. Después de esto vi a Dios en unas tinieblas, y justamente en unas tinieblas, porque es un Bien mayor que todo lo que se pueda pensar o comprender. Y todo lo que se podría pensar o comprender, no llega ni a rozarlo ni a acercársele. Entonces fueron dadas a mi alma una fe indubitable, una esperanza segura y solidísima, una constante certeza de Dios, que borraron de mí todo temor. En ese Bien que se me aparecía en las tinieblas, me recogí toda. Y llegué a tal certeza de Dios que no puedo dudar de Él ni de su segura posesión. Y en ese Bien, que es de absoluta eficacia y que se transluce en las tinieblas, descansa mi esperanza inamovible; firmísima y segura.

Una vez yo, fraile, le sometí una cuestión, tratada por san Agustín en un libro que había leído y en el cual algunos discípulos le preguntan: “Cómo están o estarán los santos en el cielo”. Alegando la visión de san Esteban: “Veo a Jesús que está

³⁵ La “visión de Dios en las tinieblas”, que es el término supremo al que llegan los místicos, representa para Angela el penúltimo peldaño de su ascensión hacia su unión plena con el Señor. El último peldaño será la “visión de Dios sobre las tinieblas”, que es ya un anticipo de la felicidad eterna. Esas “tinieblas místicas” son provocadas por la desproporción entre la sobreabundancia de la luz y del amor de Dios y las limitadas capacidades del corazón humano. Encandilada por el Todo Bien y por el Todo Amor, al alma no le parece ver más al Amor — ¡y justamente está contemplándolo cara a cara!—. Y ante ese Amor que la deslumbra, se siente aplastada en su miseria humana y llega a decir que se siente convertida en no-amor, ¡mientras está experimentando en el grado más sublime a ese mismo Amor!

En todo ello no hay contradicción, sino maravillosa paradoja, expresada gráficamente por la misma Angela, más adelante: “¡Mi alma no ve nada, y lo ve absolutamente todo!”

a la derecha de Dios" (He. 7, 35), *visión que parece probar que en el cielo no hay lugar donde estar sentados o de pie, llegan a agudas argumentaciones. Mientras yo le proponía la cuestión, la sierva de Cristo repentinamente fue arrebatada en espíritu y parecía que no escuchara más mis palabras. En ese momento le fue concedida una gracia especialísima. Después de una cierta pausa, volví a importunarla con el mismo problema, que no parecía comprender. Entonces, sin dar respuesta al planteo, me refirió:*

Súbitamente mi alma fue elevada y me sumergí en tal felicidad que es absolutamente inefable. En esa visión, todo lo que quería conocer, lo conocía plenamente; todo lo que quería poseer, lo poseía plenamente; y contemplaba al Todo Bien.

El alma no llega a pensar mínimamente en que pueda perder ese Bien ni alejarse de El, ni que ese Bien pueda abandonarla. Ella tiene su felicidad en ese Todo Bien. Ella no ve nada que pueda ser expresado con palabras y tampoco con el corazón. No ve nada y lo ve absolutamente todo.

Ahora mi esperanza no descansa en ningún bien que pueda ser imaginado o descrito. Mi esperanza está en un Bien secreto, segurísimo y escondido, que comprendo en medio de tan grandes tinieblas.

Yo, fraile, no comprendiendo esas tinieblas, le hice algunas objeciones; pero la sierva de Cristo insistió en sus mismos conceptos:

Ese Bien era para mí tanto más cierto y tan superior a todo, cuanto más lo contemplaba en las tinieblas y totalmente oculto. Y lo veo en las tinieblas precisamente por esto: porque supera todo bien. Y todo lo que existe y cualquier otra cosa son tinieblas. Y todo lo que puedan apetecer el alma o el corazón, es inferior a ese Bien.

Todas las experiencias transcritas: el alma que, al ver las cosas creadas, ve que Dios lo llena todo; el alma que ve la po-

tencia de Dios; el alma que ve la voluntad de Dios; todas estas maravillosas e inefables experiencias, al decir de la sierva de Cristo,

Son inferiores a ese Bien escondido. Lo que veo en las tinieblas es el Todo; las otras cosas son partes ³⁶.

Aunque todas esas realidades no puedan ser descritas, todavía aportan felicidad. Confieso que esa visión de Dios en las tinieblas no aporta risas a los labios, ni devoción, ni fervor, ni amor apasionado, porque ni el cuerpo ni el alma se estremecen o se agitan, como suelen hacerlo. Mientras el alma no ve nada y lo ve todo, el cuerpo duerme y la lengua calla. Comprendo que todas las numerosas e inefables pruebas de amistad que Dios me concedió y todas las palabras que Dios me dictó y que tú escribiste hasta ahora, son cosas tan absolutamente inferiores a ese Bien, al que veo en las tinieblas, que no pongo en ellas mi esperanza, ni mi esperanza corre en pos de ellas. Digo más: si por un imposible todas esas experiencias no fueran verdaderas, de ninguna manera disminuiría ni sería mellada mi firmísima esperanza que está radicada en ese Todo Bien que yo veo en medio de tantas tinieblas.

La sierva de Cristo me confió que a este altísimo y del todo inefable modo de ver a Dios en tantas tinieblas, su alma fue elevada tres veces por gracia especialísima y sumamente admirable. Numerosísimas otras veces ella había visto a ese Todo Bien, siempre en tinieblas, pero jamás en modo tan sublime y en tan grandes tinieblas.

Una vez Angela, estando enferma, me dijo:

Por una parte está el mundo con sus espinas que me rechaza, porque todo lo que estimo en el mundo, se convierte para

³⁶ “Las partes de que habla Angela, se han de entender en relación a la manifestación de Dios al alma, no en relación a Dios en sí mismo, realidad absolutamente simple e indivisible. Dios se da a conocer por partes —parcialidad de manifestación—, mientras en la visión intuitiva el alma ve con clara evidencia como en Dios Todo es uno, ni puede haber partes en El. Por eso cuanto más a Dios se lo capte directamente, tanto más se descubre su indivisible unidad y perfecta simplicidad” (Blasucci, p. 267).

mí en espinas y amarguras. Por otra parte están los demonios que me molestan y persiguen de continuo, porque tienen sobre mí, sobre mi alma y sobre mi cuerpo, el poder que Dios quiso poner en sus manos. Pero, si bien pueden afligir el cuerpo, no pueden atormentar o castigar el alma, porque el alma les es menos accesible que el cuerpo. A veces me parece verlos casi físicamente con los cuernos apuntados en contra de mí.

Por otra parte está Dios que me atrae a sí. Y si dijera que me atrae con dulzura o con amor o con cualquier otra cosa que se pueda decir, pensar o imaginar, diría una falsedad, porque no me atrae con ninguna de esas cosas que pueden ser dichas o pensadas por el más sabio de los hombres.

Definirlo como el Todo Bien es disminuirlo. Y me parece hallarme y estar tendida en medio de esa Trinidad a la que veo en tan grandes tinieblas. Esa realidad me atrae más que cualquier otra cosa que yo haya poseído y más que cualquier bien del que haya hasta ahora hablado. Digo más: no hay alguna comparación. Y todo lo que digo, parece nada o mal dicho.

Me parece una blasfemia. Cuando tú me preguntaste si una visión me atrae más que otra, me parece que esto sea blasfemar ³⁷. Por eso, cuando antes tú me preguntaste, yo te con-

³⁷ Aquí como en otros lugares, al hablar de Dios, Angela dice que le parece "blasfemar". Su planteo nos intriga.

Congar acertadamente distingue entre enunciado teológico o conceptual y enunciado místico o experimental. Evidentemente podemos y debemos reconocer que si la revelación ha sido hecha con palabras humanas, y si Dios mismo se ha hecho hombre y ha hablado con palabras humanas, una alabanza con palabras no puede ser blasfemia. Pero, como la realidad divina experimentada supera todos los modos de existencia de las realidades creadas, de las que sin embargo no tenemos más remedio que tomar nuestras expresiones, los místicos, después de arrojararse en el océano infinito de la divinidad, nos hablan de sus experiencias con atrevidas y brillantes ideas, pero a la vez ponen en realce que todo está más allá de lo humanamente concebible o expresable; y a veces niegan valor a sus afirmaciones en el mismo momento en que se sirven de ellas. Una vez más la paradoja campea en estos altos vuelos del espíritu (Congar, *Situación y Tareas de la teología hoy*, Sígueme, Salamanca 1970).

testé de esa manera y caí enferma. Cuando me hallo en ese estado, no me acuerdo de otras mentes humanas, ni del Dios-Hombre, ni de cualquier otra cosa que tenga forma. Entonces lo veo todo y no advierto nada. Ya quedando en el mismo estado, ya alejándome, veo al Dios-Hombre que atrae mi alma con inmensa ternura y a veces le susurra: "Tú eres yo, y yo soy tú". Y veo sus ojos y su rostro tan amables y tan condescendientes como en el gesto de abrazarme. Y lo que se irradia de esos ojos y de ese rostro, es precisamente ese Todo Bien que, como dije, veo en esas tinieblas, de cuyo transfondo se desprende. Y esa visión me colma de tal felicidad que no sé cómo expresar. Y el alma vive estando en ese Dios-Hombre y en El estoy casi continuamente. Y este estado permanente comenzó esa vez cuando me fue dada la certeza de Dios y de que nada se interponía entre El y yo. Y desde entonces no hubo en mi vida ni un día ni una noche en que no disfrutara ininterrumpidamente de la felicidad de su humanidad. Me siento presa del deseo de cantar para alabarlo; y así entono:

"Lodo te, Dio diletto;
nella tua croce ho posto il mio
letto
per cuscino e capezzale
ho trovato la povertà;
per riposo all'altra parte del
letto
ho trovato il dolore e il
dispetto".

"Te alabo, oh Dios querido;
en la cruz puse mi lecho;
por almohada y cabecera
hallé la pobreza;
por descanso al otro lado del lecho
hallé el dolor y el desprecio".

Cuando yo, fraile, le pedí que me explicara mejor su pensamiento la sierva de Cristo añadió:

En ese lecho yo hallo descanso porque en ese lecho El nació, vivió y murió; y porque Dios Padre amó ese lecho aún antes que el hombre pecara. El Padre tanto amó esa compañía —pobreza, dolor y desprecio— y la prefirió con tal amor que la quiso dar a su Hijo. Y el Hijo quiso continuamente descan-